

YO Y SUS TRANSFORMACIONES: LOS EMPLAZAMIENTOS DEL PUNTO

Por Néstor Tato

Como ya expuse antes¹, “el” yo no existe. En todo caso, lo que podría decirse que existe es “yo” en tanto *vivencia de mí*. Cuando decía “el yo” lo que intentaba expresar es que tenía una vivencia de eso que en mi experiencia detectaba como “yo” y trataba de ponerlo “en pantalla” de alguna manera, poniéndole un nombre a través de la sustantivización: “el”.

Ésto no es más que el intento que hago para asimilar “yo” a otros objetos, o sea, de objetivarlo para poder hablar de él en tercera persona. De ese modo me figuro que puedo fijar algunos atributos que le den estabilidad en el flujo de mis vivencias.

De modo que cuando hablo de “el yo” intento expresar lo que vivo de “yo”, que es el aspecto de mí que vive, fluye “en primera persona” para el discurso verbal y por eso es tan huidizo en la percepción. Esta fugacidad es lo que me plantea la necesidad de fijarlo en la representación, mediante un nombre. Nada distinto de lo que hago con todo: nombro lo que me rodea para poder fijar las características de esos objetos y referirme a ellos en el discurso verbal o diferenciarlos en el discurso imaginario. Estos nombres, además, no los he inventado sino que los he heredado con el mundo de mis antecesores.

De modo que “yo” está sometido a transformaciones en el flujo de mis vivencias. Se presenta de distintos modos en mi experiencia. Es más, a veces puedo vivirlo con claridad y otras, de un modo difuminado hasta que desaparece en otras vivencias.

Esta claridad en la percepción de yo tiene relación directa con la extensión que ocupa en mi vivencia: si estoy volcado a captarlo, el percepto está teñido por él aún cuando aparezcan elementos externos en el paisaje. Si estoy volcado en la acción, mi campo perceptual está tomado virtualmente por lo externo y apenas tengo cierta percepción de mí. Y hay un punto medio donde estoy así, a medias, donde me vivo a medias, como en el umbral del mundo: un poco aquí y un poco allí. Un aquí y un allí que a veces se relaciona con el límite corporal, y otras, con la vivencia de la espacialidad interna.

Nada nuevo digo pero es preciso actualizarlo: yo me transformo para mi vivencia. Tengo distintas vivencias de mí según sea la configuración del paisaje en que me sitúa (y que me sitúa).

Esas vivencias se modifican según el paisaje que configuran o, a la inversa, *según se modifica la mirada* en función del paisaje que configura: si lo interno ocupa mayor extensión, es uno el emplazamiento; si lo externo, es otro.

Estas diferencias las capto gruesamente en el flujo de mis vivencias pero puedo descubrir en la sucesión de sus transformaciones el tramo externo del eje Z: según sea que se emplaza mi mirada, así será el paisaje configurado (que implica una configuración de yo).

Si paso a un plano teórico donde yo se ve reemplazado como referencia activa (al esto que está aquí) por un elemento que sí puedo mencionar en tercera persona, encuentro que hay distintos puntos contemplados en la enseñanza de Silo: los puntos de interés, de vista y de mira.

Estos puntos se relacionan con la intensidad de vivencia de cada paisaje y, de manera inversamente proporcional, con la intensidad de vivencia de yo: actúo desde un punto de interés, percibo desde un punto de vista y contemplo desde el punto de mira.

¹ En *El yo y yo, La internalización de la mirada*. www.parquelareja.org.ar

El interés es la polea de transmisión de mi paisaje interno con el externo, el motor que dinamiza mi acción. En este caso el “punto” será el desde donde seleccionan mis intereses la franja de mundo con la que me involucro, que me estimula fijando los márgenes o límites de mi acción.

La visión es lo que brinda el mundo como lo vivo, la situación en la que estoy inmerso, con sus horizontes propios, no los que fija mi interés.

El campo de interés varía según mis intereses; el campo de visión, según mi posición en el mundo. Los intereses encuadran la focalización dentro del campo de visión. Y ambas variables son eso: variables, varían en función de factores que, en principio, no son voluntarios. No los elijo. El mundo actúa sobre mí provocando mi respuesta: los intereses me actúan, por lo general, y en su mayoría, son del mundo que en mí vive.

En cambio, el punto de mira no varía en sí mismo. Cuando lo detecto, es siempre lo mismo: desde donde miro, contemplo, observo. Y el campo que se abre no es sólo lo que veo, el mundo, sino que incluye mi campo de percepción interna: mis mecanismos, mis cadenas imaginarias, mis recuerdos, mis sensaciones, todos actuando al unísono en la configuración de mi interés (que incluye mi visión).

Ese campo de observación incluye el punto desde donde miro, que puede captar la profundidad en que está emplazado gracias a lo que observo: según sea lo que puedo captar en mi campo de percepción, puedo determinar la profundidad de mi emplazamiento.

Esa variación en mi emplazamiento, a su vez, me determina condicionando el paisaje: según donde esté emplazado será lo que pueda hacer, o sea, podré elegir entre hacer, ver o mirar. Pero *según lo que decida hacer, modificaré mi emplazamiento*: aún en medio de la acción puedo mirar, atender mis representaciones de la situación para ajustar mi acción o lo que imagino de ella, esto es, modificar el paisaje, lo que veo. De modo que si bien en la experiencia espontánea, mi acción se ve determinada por el emplazamiento, *está en mi posibilidad de desarrollo la modificación del emplazamiento y del paisaje consecuente, incluidos los intereses que lo determinan*.

Es propio de la variación de profundidad en el emplazamiento, el cambio en la noción de afuera, determinada por la *dirección de la mirada*²: eso que está delante es lo externo, mundo en la percepción externa; paisaje interno, en la interna. En ambos casos encuentro en la vuelta sobre mí, en la reflexión, un punto de interés y, por tanto, de vista. Si el foco se amplía hasta abarcar el mecanismo en curso de acción, encuentro el punto de mira, *pero he modificado radicalmente la dirección de la mirada. Yo no estoy afuera de mí, ni puedo estar frente a mí. Si eso creo, no es yo lo que veo, sino una imagen de mí*.

De modo que el punto de mira o la vivencia de yo en su desnudez perceptual varía según la investidura perceptual y representativa: cuando miro sin atender al que mira, veo. Cuando mi mirada es tomada por un interés, es determinada por lo que pienso sobre lo que veo. Esto es, actúo: puede dispararse una cadena imaginativa o de pensamiento, y puedo hacer en consecuencia, o no. Yo, vivo mi desaparición en lo que pienso o hago. Pero *estoy, siempre estoy*.

En esas profundidades.

Buenos Aires, 9 de julio de 2015 (me pregunto si la

Independencia no tendrá que ver con estas reflexiones ☺)

² “...en estas mutuas implicancias de «miradas» y «paisajes», las distinciones entre lo interno y lo externo se establecen según direcciones de la intencionalidad de la conciencia...”, Silo, *El paisaje humano*, cap. I. 5.

